





YO BASTARDO



Manuel Salazar

# YO BASTARDO



Primera edición: diciembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Salazar

ISBN: 979-13-87612-06-1

ISBN digital: 979-1387612-07-8

Depósito legal: M-26286-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Samuel Hernando*



Todos los acontecimientos aquí narrados provienen de la imaginativa del autor.  
Las semejanzas con la realidad son simples causalidades.



## Agradecimientos

Debo agradecer a mi querido abuelo Manuel Miranda, que gratuitamente me heredó el apego a las palabras, la sensibilidad por el arte y el poder de la creación; sin mencionar el nombre y el apellido. Dudo que calce en sus estándares; aun así, esta novela también es para él. Hice lo que pude.

A Valeria Orosco, que me prestó su cortesía y atención desde un inicio; cada que la interrumpí para comentarle lo que Sam acababa de hacer, los planes de Samir o lo que contenía el cuaderno celeste. Por los acotes y cuestionamientos que me dieron una amplitud de lucidez, por respaldar mis relatos cuando yo los menosprecio y por alentar mi afán de escribir. Gracias.

A Valentina, por la voluntad de aceptar ser mi prelectora, por los comentarios y críticas, y también por incitarme a la hechura de una segunda parte de la historia. Si sucede, será gracias a ella.

A los confundidos que me leen cada semana en la web *Manuel escribe* y a todo aquel que se hizo de este libro.

«La novela, una vez en tus manos, no es más del autor».

«Existen historias que merecen ser contadas, otras ameritan ser escritas».



## Prólogo

Y, de pronto, empecé a escribir líneas sin saber en qué terminarían. Como la arcilla, la moldeé y, al terminarla, me vi con las manos y el pecho enlodados. El resultado fue la novela que estás por leer.

Siguiendo las sugerencias de autoridades innatas en el rubro, he depurado lo inservible y he dejado el concentrado, la pulpa, la carne. Lo que de inicio aspiraba a contar en más de quinientas páginas, las resolví en menos de la mitad.

Chejov me aconsejó no pulir ni limar demasiado, así que cada párrafo está en su estado más natural posible.

Augusto Monterroso me dijo que escriba para la posteridad, en la que, sin duda, seré famoso, ya que es bien sabido que la posteridad siempre hace justicia; y aunque la fama nunca ha estado en mi norte, he seguido fiel a la recomendación. Estas páginas fueron ideadas para ser mejor leídas cuando su autor reconozca en su reflejo a su *alter ego* y expire. El plan es la inmortalidad a través del arte.

Ibsen me puntualizó que escribir es someterse al juicio de sí mismo, ¡y qué razón tenía! Por algún motivo, nada de lo que he escrito me envanece. Hallo siempre el punto flojo y me aferro a él para desbaratar el trabajo. Esta novela ha sobrevivido a su aborto. A pesar de todo, algo rescatable le debo haber visto.

La he terminado de escribir en la madrugada del sábado veinte de mayo de dos mil veintitrés; sin ánimos de jactancia, no pasó mucho desde que la inicié, apenas tres meses y medio. Ahora mismo

llevo más de un año sin poder terminar una segunda novela y, naturalmente, me he cuestionado: ¿por qué la diferencia de tiempos? He concluido que se debe a que la historia la retuve en la laringe por años, de modo a que fue una emesis incontenible cuando plasme la primera letra.

Me sostuve del célebre *dictum*: «En literatura no hay nada escrito», y me liberé de culpas y abstenciones al crear.

Casi la totalidad ha sido concebida en madrugadas, animado por el silencio —ya lo dijo Quiroga: «En literatura, el silencio es siempre animador»—; no obstante, cuando me vi estancado, decidí ablandar los músculos y lubricar las ideas con melodías de *indie rock* y algunos otros géneros similares: estos músicos me rescataron en más de una encrucijada y en gratitud les cedí un espacio en el manuscrito.

MANUEL SALAZAR MIRANDA

Roma, mayo de 2024

*Vamos, decime, contame*  
*todo lo que a voz te está pasando ahora,*  
*porque, si no, cuando está tu alma sola, llora...*  
PIERO



## I. Los caminos se unen

—Ya me voy, negrita. —Cogió su maletín negro, y, con la otra mano, la chaqueta de cuero se la puso tras el hombro—. Nos vemos más tarde. Dale un beso a Daniel y a Silvia, de mi parte.

—Chinito, no te olvides tu comida. Está en la mesa de la cocina. —Señaló hacia atrás con el pulgar—. Espérame, que te lo traigo rapidito.

—Aquí lo tengo, ya lo guardé —le contestó, alzando la maleta—. No te preocupes.

Amelia le sonrió, con un rostro de innegable amor.

—Cuidate por favor, chinito. Te amo. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, negrita. Yo también. —Quitó su mirada y abrió la puerta—. Me despides de los chicos —dijo mientras se iba.

—Sí, yo les digo, mi amor. Mañana almorzamos juntos, ¿no? —inquirió alzando la voz y apresurando el paso, detrás de Sam.

Él se detuvo, frente al auto estacionado afuera de la casa, y volteó.

—Creo que mañana van a organizar un bufé, por el cumpleaños del comandante Pérez, y me han dicho que vaya.

—Diles que primero es tu familia —exclamó con el ceño fruncido—. Casi nunca comemos juntos.

—Ya, negrita, tranquila. Voy a ver qué les digo. —Abrió la puerta trasera del carro, y dejó el maletín y la chaqueta en los asientos—. Ahora sí me voy. Te veo más tarde.

Subió al vehículo y lo puso en marcha.

—Chau, chinito. —Se despidió sin que la escuchara, haciéndole

adiós con la mano, sin que él volteara a verla por el retrovisor—. ¡Con cuidado! —gritó desde la puerta de la casa.

Así empezó aquel día Sam. Parecía ser una jornada más dentro de lo cotidiano: despertar, desayunar mientras Amelia le alistaba la comida. «Al menos para que, en el almuerzo, comas algo rico. Esa comida que te dan debe ser horrible», decía, abnegada. *Hacer hígado* en el tráfico, llegar a la comandancia, piroppear a las colegas y volver a casa al día siguiente para gozar de su día de franco.

No pudo prevenir alguno de esos azares que la vida, el destino, Dios o los astros le habían preparado para ese miércoles de mayo de 1992.

«¡Está repleto! No hay ni dónde pararse, pero, caballero, tengo que subir porque “la hora me gana”», pensaba Isabela mientras veía acercarse la única línea de buses, que la dejaba a pocas cuadras de su nuevo trabajo; la cual pasaba cada veinticinco minutos. Antes habían cruzado por su delante algunos taxis, pero esa no era una opción para ella por el corto presupuesto del pasaje.

Volvió a pasar un taxi, sobreparó, y el chófer, acercándose a la luna del copiloto, desde adentro, empezó a balbucear:

—¡Hey! Mamita, ¿a dónde vas? Sube, no te voy a cobrar. —En su rostro se veía la perversión—. Amiguita, ven pues. ¡Hey!, ¡qué rica estás! —Era un gordo cincuentón. Tenía la cara grasienta, lagañas en los ojos, el cabello endurecido y despeinado, y su abultado abdomen rozaba el timón—. Te llevo gratis, ricura.

Isabela trataba de acostumbrarse a este tipo de sujetos; no obstante, no dejaban de causarle temor. En Pachacámac, como en el resto de las zonas populares, era común toparse con alguno de estos indeseables, pero ella optaba por ignorarlos, aparentando no escucharlos.

Esa mañana, Isabela dejó a Mary en el nido. Los abuelos, Miguel e Inés, recogerían a la pequeña del kínder. Ellos habían comprometido su tiempo para hacerse cargo de la niña mientras que Isabela trabajaba. Como padres altruistas, decidieron apoyarla puesto que ella cumplía el rol de madre soltera.

El plan de Isabela era trabajar para ahorrar y seguir una carrera. Necesitaba el trabajo. Ya había tardado algunos meses en conseguir ese puesto de secretaria.

«Buenos días, mi mayor», saludaban a Sam, con el respeto característico de los militares al hablar, en el ingreso de las oficinas del Complejo de la Policía Nacional, en la avenida Aramburú.

Antes, había pertenecido muy solemnemente a la extinta Policía de Investigaciones del Perú, conocida por sus siglas PIP.

Mientras caminaba hacia su oficina, iba saludando y piropeaba a sus colegas subalternas, como de costumbre. Se sabía que era coqueto y galante con las mujeres guapas. Dio ingreso al despacho, y ya lo esperaba una joven de veintitrés años, con cabello ondulado, de estatura promedio, cuerpo delgado y formado; muy atractiva.

—Buenos días, mayor Bazalar. —Se levantó del asiento—. Soy Isabela, me indicaron que trabajaré con usted.

Sam tardó breves segundos en corresponder el saludo. Quedó un tanto pasmado, pues, aunque ya le habían notificado que vendría una secretaria a su cargo, no esperaba recibir a una muchachita tan joven y agraciada. En esos pocos segundos, mirándola fijamente, le transcurrieron ideas carnales; pero no solo eso, también imaginó una vida con ella. Visualizó aventuras, viajes, risas, complicidad. Todo lo que, a un hombre cegado por la belleza femenina, se le puede ocurrir a primera vista.

Agitó la cabeza levemente y volvió a la realidad. Con una sonrisa cautivadora y desencajada a la vez, respondió:

—Buenos días, mucho gusto. Sam... —Estiró la mano y se acercó al rostro de Isabela, para besarla en la mejilla—. ¿Cuál era tu nombre?

—Isabela, señor. —Sintió un ligero apretujón en la mano, y el cosquilleo del bigote en el carrillo derecho.

En aquellas circunstancias, sin que ninguno divisara lo que estaría por venir, fue el inicio de lo imperfecto. Un burdo caos de promesas incumplidas y un dolor que se reproduciría con los años.

Sam venía de una familia con algunos recursos más que la de Isabela. Su padre le había casi obligado a seguir la carrera policial. Suceso que no le era muy grato al inicio, pero terminó por agarrarle gusto.

Se jactaba de ser un agente de virtuosa ética y gran desenvolvimiento; sin embargo, en ocasiones dejaba a entrever lo contrario.

Cuando cumplía con el cargo de mayor en el cuerpo policial, sucedió la captura del conocido senderista y genocida Abimael Guzmán. Sam fue el primero en tenerlo a solas, en una sala de interrogaciones, mucho antes de que vistieran al terrorista de rayas blancas y negras, y lo presentaran en televisión nacional detrás de unas rejas, cual tigre enjaulado; moviéndose de un lado hacia otro, vociferando líneas de pensamientos marxistas, leninistas y maoístas.

Con pinzas, logró sacarle información valiosa, la cual ayudó en la captura de otros siete personajes importantes de aquel grupo senderista. También se pudo evitar tres posibles atentados y, con ello, prevenir posibles muertes.

La contraparte de su destacada labor, dentro del cuerpo policial, fue mientras corrían sus últimos años de servicio. En tanto cumplía el cargo de comandante, fue imputado e investigado por el delito de peculado: «desfalco o fraude de fondos del Estado», en cristiano. Casi un año después, el juez dio por suspendido el proceso, a falta de pruebas.

Esto sin duda manchó la carrera de Sam, aun quedando absuelto, ya que poco después lo invitaron a pasar al retiro.

La ascendencia paterna de Sam provenía de los emigrantes japoneses. Aquellos que, a finales del siglo XIX, zarparon de Yokohama, en un barco japonés de origen británico, apodado Sakuramaru, originalmente llamado Mogul. Ellos huían de la crisis demográfica que, por aquel entonces, aquejaba Japón. Venían en busca de una nueva senda, con ímpetu de «hacer las américas», aunque en calidad casi de esclavos. Llegaron al puerto del Callao la cantidad de 790 hombres, de los que más tarde solo sobrevivirían 166, a cau-

sa del clima cambiante, enfermedades, mala alimentación, y sobre todo del maltrato que recibieron en las haciendas, a donde fueron enviados a trabajar.

De ahí provenía la familia paterna de Sam, de uno de los 166 japoneses sobrevivientes. El apellido oriental se perdió entre las generaciones.

Su padre, el siempre rudo Patricio Bazalar, forjó en su hijo el carácter recio que debía tener todo hombre, a su pensar. Su madre, una mujer delicada y de personalidad opuesta a la de su esposo, implantó en Sam la parte noble que siempre hace falta en la mayoría de personas.

Creció en una familia numerosa, de varios hermanos con los cuales *chivatear*. Así fue la infancia bien llevada de Sam. No sobraba el dinero, pero tampoco faltó ni pasó penurias. Patricio se esforzaba por tenerlos derechos, con cierta asperidad. Tal fue así que a cada hijo le indicó qué estudiar o cuál carrera seguir. La decisión era de él, no de ellos. Muy a su pesar, Sam no defraudó y pudo graduarse de la Escuela de Oficiales con el cargo de alférez, apenas con veintidós años. Más tarde, se especializó en Grafotecnia Forense.

Patricio estuvo orgulloso de su hijo, quien había cumplido lo estipulado por él, aunque evitaba a toda costa expresarlo.

Siendo policía, Sam contaba con la ventura o desdicha, según la perspectiva, de permitirse trabajar en distintos puntos del país. Ya fuera por indicación de algún superior o por petición propia. Esto Sam lo usaría a su favor años más tarde, cuando intentó desaparecer de la vida de Isabela, sin tener el aplomo y consideración de decírselo directamente.

Siendo un joven, que apenas vivía el segundo decenio de su vida, Sam se topó con Amelia. Ella era un par de años menor. Había nacido al norte del Perú, en un pueblito de Tumbes. Era de una estatura superior al promedio de la mujer peruana. Lucía el cabello corto, tenía el cuerpo grueso, una fisonomía no tan agraciada y su piel era oscura, sin llegar a ser negra. No obstante, «negrita» es como Sam la llamaría cariñosamente de por vida.

No pasó mucho para que se enamorasen, tampoco dejaron que pasase tanto para contraer nupcias: un diciembre de 1980 se casaron, y pronto tuvieron la llegada de su primer retoño, a quien llamaron Daniel. Tres años más tarde, vino Silvia. Ya tenían la pareja de hijos que muchos ansían tener y no siempre les acontece.

A ojos de Amelia y sus hijos, Sam cumplía una labor abnegada como esposo y padre, pero estando fuera de casa, él no podía ocultar ni disimular el gusto por más mujeres; y tenía aventuras extramatrimoniales con ingenuas y sabidas.

Por encima de todo, Sam consideraba a su esposa como la mujer de su vida. Las demás eran simples distracciones y/o pasatiempos, que la mayoría de varones, en algún momento de sus vidas, se han permitido tener.

Esto transcurría de tal forma hasta que conoció a Isabela, quien, sin saberlo, lo animó a salirse de su confort familiar y tratar de averiguar cómo sería una vida nueva, lejos de su actual matrimonio, dejando que el destino le mostrara el camino. «¿Es que acaso podría ser mejor?», se cuestionaba. Estaba perdido. Se enamoró de una joven trece años menor que él, estando casado y con dos pequeñuelos que le decían «papá».

Más tarde se daría cuenta de que su instinto protector fue lo que lo llevó a casi dejarlo todo por Isabela, ya que en ella veía alguien frágil, con rezagos de un pasado ingrato y con una vida no tan plena como merecía tener. Según Sam, creía que él podría dársela.

Isabela, coincidentemente, nació en un hospital del Callao, mismo en el que, varios años atrás, nacía Sam. Miguel, su padre, con veinticuatro años, había embarazado a Inocenta sin desearlo; por irresponsabilidad, por falta de información o de experiencia sobre la vida misma. Entiéndase que transcurrían los años finales de la década de los sesenta, y las formas de planificación familiar no eran temas que todos manejaban. Producto de ello es que, un día de marzo de 1970, nació Isabela.

Miguel provenía de una ascendencia indígena puneña. Casi por suerte, fue que abandonó los campos de Capano, una de las die-

ciséis comunidades del distrito llamado Capachica; lugar que se encuentra a poco más de una hora de Juliaca, frente al famoso lago Titicaca.

Allí se dedicaba a la tierra, al trueque y muy poco al colegio. Los incompletos años que asistió a la escuela, lo hizo sin desayuno. Como refrigerio, a veces llevaba, en un bolso medio roto, cebada con espigas. Para comerla, tenía que ir pasándola de mano a mano mientras soplaba a la vez, en tanto caían de una mano a otra. Al soplado, las espigas volaban y, por el peso, la cebada caía a la segunda mano. Así podía ingerirla.

A cualquier lugar donde se dirigía, lo hacía corriendo y sin zapatos, o *q'ala chaki*: como acostumbra en la sierra a decir en quechua.

Fuera invierno o verano, en tierra seca o lodosa, siempre descalzos. Eran bienaventurados quienes contaban con ojotas.

«La vida en la sierra es dura y muy mal reconocida», dicen mirando hacia adentro los descendientes del indigenismo, que viven fuera del altiplano.

Dentro de todos los trabajitos que hacía Miguel, apenas con nueve años, un día fue a la puerta de un hotel en la ciudad de Puno para intentar trabajar cargándole las maletas a turistas o visitantes. Así como él, había más niños que intentaban llevarse algunos centavos, simulando ser botones. Todos debían soportar el rechazo y maltrato proveniente del personal del alojamiento cuando procuraban echarlos.

Al tercer día de trabajo, llegó de Lima una promoción del colegio Nuestra Señora de Guadalupe, con un tal Leoncio a cargo; quien fue profesor, director, fundador de varios colegios nacionales emblemáticos del Perú, catedrático de diferentes universidades, y considerado héroe en la guerra contra el Ecuador. Este señor, al llegar, se paró en la puerta del hotel, y preguntó a los niños haraposos presentes, entre ellos Miguel.

—Necesito un muchacho para llevármelo a Lima, a que trabaje conmigo. ¿Alguno de ustedes quiere ir?

Todos los mocosos se intimidaron y quedaron mudos, a excepción de Miguel, quien dudoso levantó el brazo derecho, exclamando:

—¡Yo quiero ir! —con un notable acento serrano.

Leoncio se quitó los lentes de sol y repreguntó:

—¿Estás seguro, muchacho?

A lo que, sin bajar la mirada, Miguel reafirmó:

—Sí, señor. Yo quiero ir.

—Mira, muchacho, en una semana terminaremos de visitar los lugares que tenemos planificado con mis alumnos. —Le puso la mano en el hombro—. Vuelve aquí el martes y vamos con tus padres para que firmen el permiso.

Miguel asentó con la cabeza.

—Estaré aquí el martes, señor —pronunciaron sus labios cuarteados por la helada.

Miguel había escuchado hablar de Lima. Se imaginaba que era como llegar al cielo, algo soñado e inalcanzable que, por medios propios, era improbable cumplir, al menos a esa edad. Pero su destino estaba en Lima, y el señor Leoncio fue el mediador para que eso sucediera.

Esto pudo haber terminado mal y pronto si el señor Leoncio hubiese sido un pervertido, depravado o traficante de menores, por mencionar algunos ejemplos. Algo que ya sucedía en aquellas épocas. No obstante, para suerte de Miguel, no fue el suyo uno de esos casos.

Llegó la pubertad, adolescencia y pronta juventud de Miguel, en el seno de una familia acomodada, aristocrática, culta e intelectual. El señor Leoncio «lo adoptó» no como un hijo, pero sí como su muchacho de confianza. Lo hizo terminar la primaria y secundaria en la nocturna del Guadalupe, le consiguió su primer empleo como portero en el colegio José Olaya Balandra, en la Perla, donde rápidamente se hizo conocido como Tarzán, debido a su físico atlético y desenvoltura en los deportes. Y lo respaldó cuando fue necesario.

Lo que el señor Leoncio no compartió con él fueron sus libros y conocimientos. Miguel solo se dedicaba a trabajar, mantenerle la casa limpia de punta a cabo, para ganarse el derecho a comer, hacer los mandados que se le encargaban, y demás acciones que ninguna tenía que ver con leer o informarse de temas necesarios para no vivir perdido en el espacio. Esto recién lo hizo ya siendo mayor, con una familia numerosa encima.

Siendo Miguel un joven de veinticuatro años conoció, a través de unos paisanos suyos, que también radicaban en Lima, a Inocenta. Ella provenía también de Capachica. Ninguno de los dos tenía interés en algo serio; no obstante, pronto Inocenta quedó embarazada y murió en el parto, dejando a Miguel como padre soltero.

La llegada de Isabela fue muy bien recibida por el señor Leoncio y su esposa Elvira, debido a que ellos no podían tener hijos en común. A Isabela sí la acogieron como a una hija. Era la engreída de la casa y la alegría de los dueños.

En una oportunidad, esta pareja de esposos le propuso a Miguel que les cediera la potestad legal de la niña. Él masticó la idea por un tiempo considerando que, sin duda, Isabela tendría un mejor futuro con ellos, pero terminó por desestimar la propuesta.

Antes del cumpleaños número dos de Isabela, Miguel conoció a Inés, a través de un primo en común. Ella era una mujer soltera con imposibilidad definitiva a concebir, quien, contrariamente, emitía un magno afecto maternal a sus semejantes; quizá a consecuencia de la propia infertilidad. Coincidentemente, también era originaria de Capano.

Sin pasar mucho tiempo, Miguel le propuso formar una familia con él y su niña. Inés aceptó. Fue así como Isabela, a muy corta edad, fue sacada del hogar pacífico, cómodo y sin carencias que Leoncio y Elvira le habían otorgado, en la casa de Jesús María.

Fue llevada a vivir con su padre y su nueva madre postiza al Callao. Le habían dado a Miguel un pedazo de tierra dentro del colegio donde trabajaba, para que pudiera vivir momentáneamente. Las comodidades no eran las mismas para Isabela. El dinero era justo

para lo básico, puesto que el salario de Miguel era el mínimo. No obstante, Inés apoyaba en el ingreso económico familiar vendiendo sándwiches dentro de la misma escuela.

A dos meses de cumplir siete años, Isabela y sus padres se mudaron a un lugar recóndito, al sur de Lima: el Asentamiento humano José Gálvez, perteneciente al distrito de Pachacámac. Por aquel entonces, este lugar era un arenal interminable, con algunas esteras que limitaban ciertos terrenos de gente que iba llegando. Esta familia fue una de las primeras en llegar al lugar. Con el transcurrir de los años, Gálvez fue poblándose y sobrepoblándose, en su mayoría de apurimenses, pero también de ancashinos, ayacuchanos, asimismo que de puneños.

De a pocos, Miguel trajo a su mamá, padrastro y demás parientes de Puno hacia Lima, con intención de ayudarlos y generarles mayores oportunidades que en el campo. ¡Vaya que lo hizo!, puesto que, aparte de traerlos, los alojó en su casa, los hizo estudiar, les dio de comer y los mantuvo por varios años, hasta que cada uno se hizo cargo de sí mismo. Estos eran sus primos, medios hermanos, primas y sobrinas.

La madre de Miguel, la abuelita Josefa, añoraba volver a su tierra, pero esto no sucedió y terminó por acostumbrarse, muy a su pesar, a vivir en Lima. Ella era quechua hablante, muy risueña y jocosa. Le enseñó a Isabela el quechua y se ganó su cariño en corto tiempo. En sus últimos años sufrió demencia, muy seguido tenía alucinaciones y contaba historias irreales. Al verla en ese estado, Miguel tuvo temor de sufrir de lo mismo en la etapa senil.

Isabela iniciaba con su etapa de púbera, mientras veía llegar a su casa a más familiares, traídos por su padre. Esto complicaba aún más la economía familiar, pero Miguel trabaja el doble para tratar de solventar lo primario, e Inés se había conseguido un trabajo fijo y estable como cocinera en la casa del entonces director general de la Guardia Civil Peruana, general Juan Balaguer Morales. Mismo que cuando le quitaron el cargo y los beneficios de tener personal a su servicio, ayudó a Inés a colocarse como cocinera en la Escuela

de Oficiales de la Policía Nacional del Perú, situada en Chorrillos.

En una de sus idas a Puno, Miguel tuvo un desliz amoroso con una contemporánea suya. De esto no se supo hasta algunos años más tarde, cuando en otra visita de Miguel al sur del Perú, esta señora lo buscó con una *guagua* en brazos. Era hija de ambos y él no podía atreverse a negarla, ya que era idéntica a él. Decidió hacerse cargo, darle su apellido, y contárselo a Inés. Esta hija, posteriormente, le daría un nieto, a quien llamaría Pedro, que trágicamente fallecería a los nueve años de edad.

\*\*\*

«Al emigrar, uno lleva consigo las costumbres regionales de donde viene», recalca Miguel. Esto sucedió tal cual en él y su familia. Aunque Isabela había nacido en el Callao, sus padres, primos y tíos, con los que vivía, eran oriundos de Puno. Por consecuencia, implantaron en Lima la práctica de bailes y danzas costumbristas puneñas, celebraciones de fechas festivas, como el de la Virgen de la Candelaria en el mes de febrero, pasacalles y hasta realizaciones de concursos entre agrupaciones de Tuntuna, Caporales, Diablada, Morenada y demás danzas tradicionales. Actividades que se mantienen hasta hoy, incluso con mayor énfasis. El buen Miguel De Granda fue el iniciador y promotor de la inmigración folklórica sureña a Lima.

José María Arguedas, en su libro *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, describe su parecer referente a Capachica, y sus vivas costumbres: «Son pueblos compactos aún e íntegros en su primitivismo, más sutil que el Empire State y más seguros de sí mismos que tú y que yo, aunque se los mira como si estuvieran danzando dentro de una muralla o al borde de un abismo».

En casa, cuando se realizaba alguna reunión familiar, vestían a Isabela con polleras coloridas y la característica montera puneña.

Junto con la abuela Josefa, ella bailaba mientras los demás cantaban *Q'asma* —danza de procedencia indígena, que es acompañada con un charango pequeño, que denota un galanteo entre el hombre y la mujer. Se acostumbra a cantar y bailar en Capachica, por festividad del Carnaval Chico de San Sebastián, previo a la fiesta en honor a la Virgen de la Candelaria—. En aquellas reuniones, infaltable era esta melodía.

Este tipo de costumbres marcaron en Isabela una raíz bien definida, la cual siempre tuvo arraigada, y fueron determinantes en ella para su futuro profesional.

La relación que Isabela mantenía con su padre en aquella época era distante. Miguel, por la vida que llevó y cómo esta lo trató, era un hombre rudo, de carácter explosivo y testarudo. Su aspecto físico, alto, fornido y bien tonificado, lo hacía ver aún más temible. Generaba imponentia y respeto donde se parase. Sin embargo, tenía chispazos de gracia, que algunas veces dejaba notar. La solidaridad la tenía fijada en su naturaleza, vivía para su familia y fue generoso hasta con quienes no lo fueron con él.

Su dureza se ablandó con los años, y mucho más con la llegada del nieto que Isabela le dio. Y sin esperarlo, en su etapa mayor de adultez, hizo de sí mismo un hombre de fe: un señor evangélico.

Sin contar con cualidades paternas, Miguel se esforzó por ejercer lo mejor que pudo su papel de padre. Le demostraba a Isabela su amor preocupándose por ella, engriéndola con juguetes, ropa y paseos, siempre que estuvieran dentro de su alcance monetario, más que con palabras o abrazos afectuosos.

Solían ir a la playa el Silencio, en un auto celeste de marca Dodge, del año sesenta y cinco; mismo que el señor Leoncio le había obsequiado a Miguel —antes de concedérselo, le dio a escoger entre el carro o un terreno, y muy apresuradamente optó por el vehículo—. Este auto era de los *lanchones*, de esos que tenían los asientos en una sola pieza, con la palanca de cambios bajo el timón; de los que era un drama virar en U.

Allí se acomodaban, como podían, todos los que cabían. Para ese tipo de paseos o salidas, muchas veces Miguel tenía que hacer dos o hasta tres viajes, ya que era un gran número de personas. Debido a esa multitud familiar, Isabela siempre tuvo con quién jugar y organizar pillerías, a pesar de ser hija única.

Luego de terminar la secundaria, pusieron a Isabela a estudiar en la Universidad San Martín de Porres. No estaba muy convencida; aun así, Miguel la matriculó y esperaba que en cinco años pudiera ejercer como asistente social. Desventuradamente, esto no ocurrió. Allí surgió la primera desdicha sentimental y psicológica de Isabela.

Conoció a quien posteriormente sería el padre ausente de Mary, su primera hija. Este sujeto, mayor que Isabela, no la enamoró puesto que no era agraciado físicamente y tampoco tenía dotes de conquistador. Su forma fue la obstinación y acoso hasta el cansancio. A pesar de nunca haber estado convencida, Isabela decidió darle una oportunidad. Siendo ya una pareja de enamorados, él la veía como pertenencia, y en el momento en que Isabela quiso cortar todo vínculo con él, este no la dejó; sino que la obligó a seguir a su lado. En corto tiempo, echó a menos la autoestima de Isabela, con maltratos físicos y psicológicos. Ella necesitaba ayuda, pero nunca pretendió mencionarle nada a nadie, ya que vivía con el temor de que su padre se enterase y le fuera peor por estar andando de *enamoradita* con alguien. Así que calló.

Todo explotó cuando Isabela quedó embarazada de este sujeto en una de las veces que la forzó a copular. Esto se empezó a notar, como es natural, con el transcurrir de las semanas. Al enterarse de cómo se habían suscitado los hechos, Miguel quiso matar al responsable, sin exageraciones ni fabulaciones. Debido a ello, con la cobardía por delante, como siempre se caracterizó, aquel hombre se esfumó y dejó a Isabela embarazada, con su autoestima venida muy a menos.

Sin trepidar, Miguel e Inés decidieron apoyarla y Mary nació en un mayo del noventa, cuando apenas dos meses habían pasado desde que Isabela había llegado a los veinte.

A pesar de cómo acontecieron los hechos, Isabela decidió mostrarse firme ante el prójimo, desarrollando una suerte de coraza o armazón, que protegía y a la vez ocultaba su quebrantada seguridad de sí misma.

Mary fue creciendo y se fue pareciendo físicamente a Isabela. Para esta etapa, los hermanos, primos y sobrinos que Miguel alojó, cuando los trajo de Puno, ya se habían ido; y siendo ella la única pequeña en casa, recibió toda la atención y engrimientos por parte de sus abuelos.

Miguel optó por obviar cualquier cólera y mal recuerdo sobre la engendración de Mary, y asumió su figura paterna con gran soltura y esmero.

\*\*\*

—Mucho gusto, Isabela.

Sam se le acercó y la besó en la mejilla, mientras posó su mano derecha en la cintura de ella.

—Te ves muy joven, ¿cuál es tu edad? —preguntó al separar su rostro.

—Tengo veintidós años, señor —respondió, intentando no intimidarse.

—Entonces sí eres bastante joven —acotó, con una sonrisa maliciosa—, pero descuida, hay un par de chicas que trabajan en las oficinas del costado y me parece que tienen unos añitos más que tú, pero no dejan de ser generacionales.

Isabela soltó una sonrisa forzada.

—¿Desde dónde vienes?, ¿se te hizo fácil llegar? —siguió cuestionando Sam, mientras apoyaba su portafolios en el escritorio.

—Sí conocía la ruta, pero debo tomar dos buses para llegar. El segundo me deja a dos cuadras.

—¿Cuál?, el Enatru —dijo, afirmando más que preguntando.

Sam acomodó su silla reclinable y se sentó.

—Sí, la línea 72 A —manifestó con desgano.

—¡Ah!, te vienes ahí. Apretada supongo —espetó Sam, en tono burlón.

—Sí, un poco apretada, pero viene rápido —contestó Isabela con el rostro adusto, sabiendo que era mentira, ya que el bus demoraba más de dos horas en llegar.

—Esa línea viene desde Villa El Salvador, si no me equivoco. ¿No? —insistió en la conversación, entre tanto sacaba de su portafolio una agenda y documentos.

—Sí, ahí lo tomo —le respondió cortante.

—Mi ruta también es hacia el sur —expresó, mientras le buscaba la mirada—. Si gustas, al salir te puedo adelantar a un punto más cercano a tu casa.

Sam no tenía auto, pero se las ingeniaba para usar como suyos los vehículos particulares de la jefatura.

—Gracias, pero no será necesario —replicó sin inmutarse, y dejó de verlo.

Isabela sabía que era casado. Lo supo al entrar a la oficina y notar el cuadro sobre el escritorio de Sam, donde salían él, Amelia y sus dos hijos: Daniel y Silvia.

No fue bueno el inicio o la primera impresión por parte de Isabela respecto a Sam. Le había parecido un altanero, con aires de conquistador e irrespetuoso con su esposa, pues sintió de cerca el cortejo y las pretensiones arrogantes de querer maliciar un momento cercano entre ambos, fuera del trabajo.

Por el contrario, para Sam, la sensación que le dejó el conocer a Isabela fue de complacencia y le inspiró animosidad por entablar algo más que una relación de trabajo. No necesariamente el de una pareja, o no de momento. Más le apetecía, a primera instancia, ahitar su afán libidinoso.

Sam venía un poco aburrido de su familia. Los amaba y los amó siempre, pero se sentía apesadado, aturdido, y la mujer que encontraba en casa ya no tenía las características físicas que años atrás,

y dos hijos antes, lo cautivó. Amelia tampoco se preocupaba por mantener un cuerpo esbelto, ni nada por el estilo. Su tiempo entero y atención lo copaban Daniel, con ocho años, y Silvia, con seis. A esto se le sumaba que la vida sexual de pareja estaba en decadencia. Casi siempre que Sam intentaba iniciar el coito, Amelia se excusaba con el sueño o cansancio, y siempre demostraba fiaca. Emitía aversión.

La noche anterior de haber conocido a Isabela, había sido el último intento marrado:

—Los niños ya se durmieron, ¿no? —dijo Sam, mientras desabrochaba el botón gemelo de su camisa.

—Daniel todavía está despierto, y sabes que a veces viene de la nada —contestó Amelia, mientras se recostaba en la cama.

—¿Pero la puerta no está con el pestillo? Ya le dije que se le quite esa mala costumbre. Ya está grande para dormir con nosotros. Ni Silvia lo hace.

Se quitó la camisa y la tiró encima del tacho de ropa sucia, la cual resbaló y terminó en el suelo.

—Es un niño de ocho años, Sam. Déjalo, y no pongas pestillo a la puerta, por si viene.

Amelia se cubrió entre las sábanas.

Sam caminó hacia la puerta y hundió su pulgar en el seguro de la cerradura.

—Deja de engreírlo tanto, negrita. Ya tiene ocho, no cuatro. ¿Acaso no podemos tener un momento de privacidad? —Se sentó al filo de la cama para sacarse los zapatos.

Amelia se levantó y, alejándose del lecho, fue hacia la puerta para quitarle el seguro.

—No seas así, oye. No empieces —gruñó, arrugando el entrecejo—. Daniel ha estado teniendo pesadillas y le he dicho que en cualquier momento puede venir a nuestro cuarto. Por eso te dije que no pongas seguro a la puerta.

—¿Pero no dices que todavía está despierto? —replicó Sam, en tanto se quitaba el pantalón.

—Sí, pero igual. A veces también viene porque quiere estar contigo. Nunca te ve —dijo, en forma de reclamo.

—Ya, negrita, tranquila. Le he prometido que el domingo iremos al parque de las leyendas.

—Eso le prometiste en su cumpleaños. ¿Y lo llevaste acaso?

Sam se metió en la cama, se acomodó de costado y acercó su pelvis a la pierna de Amelia.

—Negrita, ya hemos quedado que el domingo iremos. Ya no hables de eso. —Le besaba la parte baja del cuello—. Ahora quiero estar contigo. Quiero hacértelo —le susurró en el oído.

—Solo piensas en eso, Sam —dijo mientras se alejaba—. Quiero descansar. Hoy fue un día pesado. —Lo empujó levemente con su brazo izquierdo, en forma de rechazo.

Obstinado, Sam volvió a pegarse. Le frotó su miembro, ya endurecido, y le metió su mano en la entrepierna, por debajo de la bata que usaba Amelia para dormir.

—Negra, te la quiero meter —dijo Sam, engrosando la voz por la excitación.

De forma brusca, Amelia quitó la mano de Sam de su entrepierna; se alejó y vociferó:

—¡Ya te dije que no, idiota! ¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? Quiero hacer el amor con mi mujer y nunca se puede —expresó, alzando la voz—. Nunca quieres y no entiendo por qué. ¿Qué esperas? ¿Que busque en otro lado lo que no encuentro aquí?

Daniel abrió la puerta y se asomó.

—Mami, ¿puedo dormir con ustedes?

Esa noche, Amelia durmió con su pequeño Daniel y Sam escogió dormir en la sala.

«Para una pareja, con o sin hijos, el sexo es fundamental; más aún si se trata de una pareja joven», comentaba Sam, en calidad de consejo a los oficiales jóvenes, cuando nacía el tema, a la hora de pasar rancho.

Para entonces, Sam tenía treinta y cinco años y Amelia un par menos que él. Corría más de una década desde que se habían ca-

sado, empero la cotidianidad y la falta de tiempo en pareja estaban entorpeciendo su relación. Amelia estaba concentrada y dedicada a ser madre, y dejaba de lado su papel de esposa; tema que a Sam le estaba afectando. Por su parte, Sam mostraba actitudes cortantes y desinteresadas con Amelia, a excepción de cuando pretendía tener sexo con ella; designaba mayor atención a su trabajo y no dedicaba suficiente tiempo a los hijos. Esto también terminaba impactando negativamente en Amelia.

El sexo se había vuelto algo esporádico, extraordinario, específico. En el último trimestre, solo se habían acostado tres veces, y las tres por incitación e insistencia de Sam. En ese lapso, hubo más situaciones en que lo propuso, pero fracasó. Por consecuencia, sin excusarse, había estado acudiendo a un discreto lupanar, que un amigo suyo le recomendó.

Esta mancebía se situaba en el quinto piso de un edificio, en una conocida calle de Jesús María. Aquí asistían solo por recomendación; de no ser así, no había forma de ingresar. En su mayoría, las que atendían eran jovencitas de veinte a veinticinco años, todas muy guapas y de diferentes virtudes. Había una argentina, una colombiana, una selvática y dos limeñas; todas bajo el mando y cuidado de la señora Jenny, matrona del lugar. En corto tiempo, Sam se hizo un visitante asiduo, de modo que lo recibían y atendían con esmero.

A él no le fascinaba frecuentar este lugar; de hecho, ni siquiera le gustaba. Sin embargo, lo hacía cada que vez que su concupiscencia se le escapaba de las manos, lo cual era seguido.

En aquellas circunstancias de su vida, ocurrió que conoció a Isabela. De inicio, Sam lo tomó como una oportunidad, pensando, de forma egoísta, en que podría cortejarla con la sola intención de fornicar, no una, sino recurrentemente. Esto ocurrió con una pequeña gran diferencia. En el vaivén del cortejo insistente de Sam, apañado por mentiras y promesas ficticias, terminó convenciendo y enamorando a Isabela; con el detalle que, sin prevenirlo, él también terminó enamorándose de ella.